



Departamento de Economía

Documentos Docentes

¿Qué es la utilidad? Reflexiones acerca de la Escuela Utilitarista

Autor: Iván Yáñez P.

DD 2000 - N° 02

¿"Qué es la "Utilidad" ?

Reflexiones acerca de la Escuela Utilitarista

Iván Yáñez P.

Introducción¹⁾

El concepto de utilidad marginal ocupa un lugar privilegiado en la teoría económica contemporánea. Ha contribuido en forma importante a explicar el comportamiento de la demanda, como asimismo a establecer los elementos básicos de la economía del bienestar.

Analizando el concepto, se puede decir que está formado de dos partes, a saber, el concepto general de utilidad y el adjetivo "marginal", que se aplica a la disminución que experimenta en este caso la utilidad, cuando se dispone de una cantidad adicional de un bien determinado. Aunque este razonamiento en términos marginales había sido esbozado por pensadores anteriores al siglo XIX, fue solamente a mediados de dicho siglo cuando la utilización del cálculo diferencial permitió su aplicación formal y explícita a la utilidad. Luego se extendió a diversas variables económicas (producto marginal, ingreso marginal, costo marginal, etc.)²⁾

Desde un comienzo, se estimó que la utilidad marginal era decreciente y que la suma de las utilidades marginales representaba la utilidad total de disponer del conjunto del bien de referencia. Esto implicaba medir la utilidad. Por lo tanto se necesitaba explicar el significado del término "utilidad" y además, hacerlo de tal manera que se le pudiera aplicar una unidad de medida clara y precisa.

1) El autor agradece los comentarios expresados en el seminario interno del Departamento de Economía de la Universidad de Santiago de Chile.

2) Cabe destacar en este sentido las publicaciones de J. Dupuit en 1844 y H. H. Gossen en 1854

Como se sabe, el término utilidad está íntimamente relacionado con el comportamiento del consumidor. En efecto, cuando un consumidor demanda un bien, lo hace para cumplir un determinado objetivo o satisfacer "algo". En qué consiste ese objetivo o ese "algo" ?. Podría responderse que son múltiples y de muy variado especie los objetivos perseguidos y que sobrepasan la satisfacción de las necesidades básicas de los seres humanos. Esta multiplicidad no favorece la tarea de encontrar un denominador común susceptible de ser medido.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, el término "utilidad" proviene del Latín "utilitas" y significa el provecho, conveniencia, interés o fruto que sea saca de una cosa. La definición es muy comprensible, pero no alivia las dificultades de medición.

Con el tiempo, el estudio de la utilidad ha tratado de apartarse de la medición absoluta en términos cardinales, como también de las intentos de lograr una definición consistente.

No fue ésta la actitud de algunos pensadores anteriores a la aparición del razonamiento marginal. A comienzos del siglo XIX surgió una corriente de pensamiento que usó una definición de utilidad que contemplaba todos los objetivos perseguidos por los consumidores, englobándolos todos prácticamente en un término, a saber "placer" (o ausencia de dolor).

El presente trabajo pretende explicar los fundamentos de esta corriente, comenzando con las ideas de su iniciador, Jeremy Bentham, y siguiendo con sus principales continuadores. Finalmente se comentan las principales críticas que han recibido estas ideas.

Jeremy Bentham

El destacado filósofo y jurista inglés (1748 – 1832) pretendía esclarecer los fundamentos éticos de todo el accionar humano de tal modo que sirvieran de base para la legislación y jurisprudencia. Para que esta base fuera incuestionablemente sólida, los fundamentos debían tener carácter científico. Para lograrlo, buscó la semejanza con la Mecánica Clásica de Newton, que explicaba los movimientos mediante fuerzas susceptibles de ser medidas. En el caso del comportamiento humano, Bentham pensó que efectivamente había una fuerza básica que impulsaba al ser humano a buscar el placer y evitar el dolor, y que en esto consistía precisamente la utilidad. Esta concepción pasó a denominarse “el principio de utilidad”.

Bentham rechazaba los modos ordinarios del razonamiento moral y político. Por lo general, se recurría a términos sin contenido preciso, tales como “ley natural”, “orden social”, “ley de la razón”, “orden justo”, etc., expresiones que apelaban en forma vaga a algún sentimiento general de la humanidad, sin haber sido examinadas en forma crítica. Incluso podían corresponder sólo al sentimiento personal de quien las usaba. Era preferible usar simplemente el término “utilidad”, que para él se refería explícitamente al placer y al dolor.

Siguiendo la corriente en boga de la filosofía británica de la época, Bentham pensaba que el ser humano era egoísta y perseguía primordialmente su propio interés. Discrepaba abiertamente con la conocida tesis de Adam Smith, que adjudicaba a la “mano invisible” del mercado la función de obtener, partiendo del egoísmo, la consecución del mayor bienestar para todos. Los intereses personales difícilmente se conjugaban con el bienestar general. Frecuentemente se desconocía el interés de los demás y se llegaba incluso al daño, la agresión y el delito. Por este motivo, resultaba indispensable la acción del legislador.

Al referirse a materias económicas, Bentham pensaba que las personas demandan bienes por la “utilidad” que ellos poseen. La “utilidad” podría ser calculada perfectamente, si se

podiera medir el placer (o ausencia de dolor) generado por ellos. Bentham se esforzó por establecer bases para lograr dicha medición. Reconoció que existían diferentes categorías de placeres como también que en cada categoría podrían distinguirse características especiales que los diferenciaban, como ser, intensidad, duración, fecundidad, pureza, certeza o incertidumbre, proximidad o lejanía.

Aceptando estas categorías y características, el ideal sería encontrar una escala de medición.

Se podría partir por un placer mínimo, que pudiera ser identificado por todas las personas. Este placer se tomaría como unidad de medida, de tal manera que los demás placeres fueran múltiplos de dicho placer mínimo. Si tal ejercicio no condujera a un resultado aceptable para todos, no habría otra alternativa que recurrir al dinero. En este caso, si un placer determinado se obtuvo desembolsando una suma de dinero, este precio sería una buena medida de dicho placer. Entonces se podría generalizar la medida en el sentido de aceptar que precios iguales medirían iguales intensidades de placer.

¿Cómo se aplicaría este “principio de utilidad”?

En cualquier litigio entre personas (derivados de convenios, contratos, acuerdos, etc.) o en cualquier medida gubernamental (dictación de leyes, decretos, reglamentos, etc.) debería calcularse para cada persona involucrada cuánto placer obtendría y/o cuánto dolor sufriría. Los balances personales se sumarían, determinando un resultado para el conjunto de participantes. El resultado sería favorable, si la suma de placeres fuera mayor que la suma de dolores. De esta manera, se conseguiría “la mayor felicidad para el mayor número”.

No se sabe si alguna vez se realizaron cálculos semejantes en la judicatura británica. El propio Bentham terminó por reconocer lo impracticable de semejante proceder, pero exhortó a reconocer el principio básico que le servía de sustento.

Bentham no fue en su tiempo una personalidad tan influyente como la de su amigo David Ricardo. Sin embargo, tuvo seguidores destacados, como James Mill, su hijo John Stuart Mill, Sir Edwin Chadwick y posteriormente, William Stanley Jevons. Se le considera el iniciador de la corriente de pensamiento de los llamados "radicales filosóficos" o simplemente "utilitaristas".

John Stuart Mill y Edwin Chadwick

Según el discípulo de Bentham, John Stuart Mill (1806 – 1873), eminente filósofo y académico británico, la idea utilitarista ya había estado en la mente de varios pensadores anteriores, remontándose hasta las corrientes hedonistas de la filosofía griega (Aristipo de Cyrene y Epicuro).

Sin embargo, había sido Bentham quien la estableció claramente y la trató de aplicar con mayor consistencia y mayor detalle que sus predecesores, con el propósito de limpiar de errores y vaguedades los fundamentos de la moral.

Sin embargo, Stuart Mill no adoptó completamente el ideal benthamista. En su opinión, hay motivaciones que revisten un alto grado de complejidad y están guiadas por fines secundarios o parciales de común ocurrencia, que no siempre pueden englobarse en un fin último claro y distinto como la utilidad o la felicidad.

Por otro lado, el cálculo de placeres y dolores pertenece al lado racional de la mente humana, del cual escapan los aspectos sentimentales y compasivos, que abundan en la naturaleza humana.

Pese a estas reservas, Stuart Mill en su calidad de Miembro del Parlamento, se manifestó muy cercano al principio de utilidad en sus recomendaciones relacionadas con políticas públicas y reforma social. Mill, como todos los economistas clásicos, defendía la propiedad privada y la libertad personal, pero al mismo tiempo, reconocía que la pobreza y la desigualdad de ingresos no reflejaba el principio del mayor bien para el mayor número y, por lo tanto, era necesaria la acción gubernativa para acercarse a su mayor

cumplimiento. Es claro que sus proposiciones no contenían propiamente cálculos utilitarios, ni tampoco se referían directamente a los conceptos de placer y dolor.

En su defecto, recurría a medidas o políticas que significaran incentivos para obtener determinados beneficios o evitar determinados perjuicios, tratando de concordar de esta manera con el espíritu utilitarista.

Todas sus opiniones relativas a las Leyes de Pobres, como también las proposiciones sobre impuestos a la renta, a la herencia y al gasto estaban/claramente dirigidas a mejorar la situación de las clases más desposeídas, mediante el funcionamiento de incentivos en el contexto de una economía de libre empresa.

Junto a Stuart Mill, cabe mencionar al destacado abogado y funcionario civil Sir Edwin Chadwick, último secretario personal de Bentham antes de su muerte. Gran admirador de sus ideas, participó activamente en la mayor parte de la legislación económica y social británica entre 1830 y 1890. Sus contribuciones fueron decisivas en la elaboración de las Leyes Althorp (de fábrica) y la Leyes de Pobres y elaboró innumerables proyectos en materias de delitos, tribunales, policía, salud pública y administración civil en general.

Como ejemplo, podemos mencionar sus iniciativas para mejorar la eficiencia de la policía metropolitana. Evidentemente el delito puede provocar una gran utilidad a sus autores si no son identificados, aprehendidos y llevados a juicio. Por lo contrario, si las penas son severas y la policía actúa con gran diligencia y certeza, el delito pasa a tener castigo (dolor), que puede contribuir a desalentarlo.

Jules Dupuit (1804 – 1866)¹

Aproximadamente en la misma época en que Stuart Mill publicaba sus “Principios de Economía Política” (1848), el ingeniero francés Jules Dupuit aplicaba el cálculo diferencial a fenómenos económicos y establecía claramente el principio de utilidad marginal.

¹ A pesar de no ser propiamente “utilitarista”, resulta indispensable incluirlo, debido a que se le reconoce primacía en el descubrimiento de la utilidad marginal.

Al estudiar suministros de agua potable, relacionó cantidades consumidas con la utilidad de dicho consumo, de la siguiente manera:

Una comunidad que recibe suministros de agua a un precio de 50 francos por hectolitro obtiene un beneficio del uso del agua. Si se deseara valorar este beneficio o utilidad, el procedimiento más simple sería el de recurrir al precio unitario de dicho consumo. Los 50 francos que se pagan por un hectolitro de agua estarían midiendo el beneficio o utilidad que reporta dicho consumo. Si un mejoramiento tecnológico permitiera entregar el agua a un precio menor, p. Ej. a 30 francos el hectolitro y el consumidor decidiera mantener el mismo gasto en dinero, tendría a su disposición una mayor cantidad de agua, que le daría un beneficio total mayor. Sin embargo, la cantidad de agua adicional podría destinarla a usos de menor urgencia. Por lo tanto, el menor precio pasaría a representar un beneficio o utilidad menor de cada hectolitro adicional utilizado.

Generalizando, cada menor precio estaría midiendo utilidades marginales menores, frente a mayor cantidades de agua consumidas. La necesidad menos apremiante definiría el precio unitario de la cantidad total utilizada.

Sobre esta base, construyó una curva de demanda que él llamó "ley del consumo", en la cual, colocó las cantidades consumidas como función del precio estableciendo claramente que cada precio representaba (o era igual) a la utilidad marginal correspondiente.

Aunque sus trabajos se referían a servicios públicos (agua, transportes y comunicaciones), él pensaba que esta ley podía aplicarse a todos los bienes y servicios.

Dupuit no era utilitarista en el sentido de Bentham. No ahondó mayormente en el significado del término utilidad. Sencillamente lo usó para representar el beneficio recibido por el consumidor. Le dió mayor importancia a la variación marginal, que le permitió avanzar en materias tales como el excedente del consumidor, la fijación de tarifas para los servicios públicos y la discriminación de precios en monopolios.

William Sanley Jevons (1835 - 1882)

Algunos años más tarde, Jevons, notable pensador y académico inglés, adhería plenamente a la definición benthamista de utilidad en términos de placer y dolor. Para él no cabía duda que eran dichos sentimientos los que incitaban al ser humano a comprar, vender endeudarse, prestar, producir, consumir, trabajar o descansar. Buscar la utilidad era un hecho de la experiencia común de la humanidad. Por lo tanto, la teoría que explicaba la mecánica de utilidad no necesitaba demostración alguna. Era casi tan autoevidente como los elementos básicos de la geometría de Euclides².

Jevons, al igual que Bentham, reconoció la imposibilidad de obtener unidades de medición de placeres y dolores. Sólo cabía remitirse a los efectos o consecuencias que pudieran derivarse de dichos sentimientos. Era cierto que las mercancías son deseadas y valoradas por sus cualidades de proporcionar placer o evitar dolor, pero al mismo tiempo, son intercambiadas mediante precios en dinero, lo que da lugar a un posible elemento de medición. En efecto, el precio de la mercadería estaría representando su grado de utilidad. En este punto, Jevons aclaró de inmediato que no se trataría de la utilidad total de consumir determinadas cantidades un bien, sino solamente la utilidad que proporciona una pequeña cantidad adicional de dicho bien, esto es lo que se denomina hoy día utilidad marginal.

De esta manera y recurriendo a sus conocimientos matemáticos, procedió a construir funciones de utilidad, $U=f(x)$, en las cuales la utilidad estaba representada por precios unitarios en dinero, y "x" eran las cantidades consumidas. Cada aumento de las unidades consumidas determinaba grados menores de utilidad (utilidad marginal decreciente). Dando por aceptada la definición benthamista de utilidad, pasó a concentrar su atención en el principio marginalista, el mismo que ya había descubierto anteriormente Dupuit. Sus contribuciones en esta dirección, como por ejemplo, el principio equimarginal en el intercambio de bienes entre grupos diferentes de productores y consumidores, han sido consideradas especialmente valiosas como precursoras del análisis neo-clásico de Alfred

² Cita de Jevons realizada por G. Stigler en su "Historia del Pensamiento Económico", Edit. Atenea, Buenos Aires, 1979, Pag. 53.

Marshall, quién sin embargo, no se preocupó mayormente por definir el concepto mismo de utilidad, y por lo tanto, no puede ser considerado como adherente al utilitarismo benthamita.

Críticas y Comentarios

Como decíamos al comienzo, el análisis del término “utilidad” ocupa un segundo plano en la teoría económica contemporánea, a pesar del amplio uso del término “utilidad marginal”. Por lo tanto, el “principio de utilidad” de Bentham no preocupa mayormente a los economistas. Sin embargo, tiene su lugar en la historia de la filosofía y la ética, y en este sentido, ha sido objeto de fuertes críticas, que se remontan incluso hasta las formuladas por los adversarios de la filosofía hedonista de Epicuro, como por ejemplo, los Estoicos en Grecia y los Padres de la Iglesia en la Edad Media.

Pasaré a esbozar algunos comentarios a las críticas que me parecen más relevantes y que han continuado desarrollándose hasta nuestros días.

a) *Analizando el significado mismo del principio de utilidad, nos encontramos con que puede ser interpretado de dos maneras diferentes, ya sea como una afirmación positiva o bien, como una proposición normativa. Desde el punto de vista positivo, se afirma que buscar la utilidad es un hecho incuestionable de la naturaleza humana y que es tan evidente, que no necesita ser demostrado formalmente.*

En este caso, la crítica recurre a la complejidad de las emociones y sentimientos humanos, que derivan en una amplia gama de motivaciones difíciles de reducir simplemente a la búsqueda de placer y rechazo del dolor. El propio Stuart Mill, como ya vimos, avanzó opiniones en este sentido.

El economista norteamericano Thorstein Veblen (1857 - 1929) rechazó tajantemente la concepción del hombre como un calculador instantáneo de placeres y dolores. En primer lugar, criticó a los economistas neoclásicos por establecer funciones de utilidad para cada individuo. Para Veblen, los seres humanos actúan más bien en forma grupal y su comportamiento obedece a instintos y hábitos, que van formando un complejo sistema de instituciones. Estas enmarcan el accionar humano, dejando muy poco lugar para el cálculo individual autónomo.

En segundo lugar, el análisis clásico presupone que las características del mundo económico, incluyendo la naturaleza humana, están perfectamente definidas. Partiendo de una situación inicial estable (en equilibrio), cualquier acción que la modifique traerá efectos perfectamente predecibles, que conducirán a una nueva situación de equilibrio. Para Veblen, este tipo de análisis es esencialmente estático. Todas las condiciones están variando simultáneamente, dificultando las predicciones y haciendo ilusorios los cálculos racionales de utilidad.

En general, los argumentos que resaltan la complejidad de las motivaciones humanas parecen contundentes. La Psicología ha avanzado un largo trecho desde los tiempos de Bentham. Sin embargo.... queda una pregunta latente. ¿Puede realmente negarse que el ser humano prefiere las situaciones placenteras antes que las dolorosas? ¿Acaso no ha sido siempre así desde los tiempos de Adán y Eva?.

b) A diferencia del punto de vista anterior, el principio utilitarista puede ser interpretado como una afirmación normativa en el sentido de aprobar dicha conducta como éticamente correcta. Tal aprobación ha sido considerada abiertamente inmoral. Buscar exclusivamente el placer para si mismo aparece como una conducta insensible a lo que pueda ocurrirle al prójimo. Denota falta de compasión y de solidaridad social. Incluso se puede dañar al prójimo sin mayor preocupación o escrúpulos.

Para ser justos, la crítica debiera señalar que el utilitarismo sólo podría incentivar conductas dañinas para el prójimo, ya que no estuvo en la mente de sus creadores aprobarlas ni menos recomendarlas. En efecto, Adam Smith, en su "Teoría de los

Sentimientos Morales” se preocupó de establecer criterios de aprobación de conductas personales que superaran el natural egoísmo del ser humano. En la “Riqueza de las Naciones” asegura que “la mano invisible” del mercado concilia el interés individual con el beneficio social.

Por su parte, Bentham estableció decididamente que debía obtenerse la mayor felicidad para el mayor número, lo que significa sobrepasar el criterio de bienestar individualista. Siguiendo a Bentham, cuando se daña al prójimo, se le ocasiona un dolor que podría en muchos casos superar al placer del causante, lo cual invalidaría moralmente la acción. Incluso podría representarle un fallo adverso en un litigio llevado a los tribunales de justicia.

Sin embargo, el criterio benthamista señalado tampoco ha quedado indemne a las críticas. Se argumenta que éste permitiría aplastar minorías sociales, políticas o étnicas. Incluso justificaría la esclavitud, ya que el bienestar de la mayoría superaría el malestar del conjunto de esclavos. Es claro que también se puede contraargumentar de la siguiente manera. El resultado depende de la valoración de cada placer y de cada dolor. Si asignamos un valor mayor al sufrimiento de las minorías que al bienestar de las mayorías, la suma final resultaría negativa. Tampoco se podría justificar una marcada desigualdad de ingresos, ya que los pobres tendrían muchos dolores y pocos placeres, que multiplicados por su mayor número superarían a la suma de los grandes placeres de los pocos ricos.

c) Tal vez la crítica más frecuente al utilitarismo sea la de incentivar placeres puramente materiales o sensuales, como serían los de la buena mesa (comida, bebida), de la actividad sexual o de la acumulación de riqueza o succulentas cuentas bancarias. Este tipo de críticas desfiguran el utilitarismo, ya que el horizonte de placeres de Bentham y sus seguidores se extiende mucho más allá de los señalados. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar una aguda observación de Joseph Schumpeter al terciar en esta controversia³. Según él, es muy riesgoso para los utilitaristas otorgar categoría de placer a

³ J. Schumpeter, *Historia del Pensamiento Económico*, pag. 135.

actividades que sobrepasan la satisfacción de necesidades básicas o puramente materiales. Se corre el peligro de identificar la expectativa de placer con todas las posibles motivaciones de la conducta humana, incluyendo el sacrificio y el sufrimiento voluntariamente aceptado.

De este modo, la concepción utilitaria se transformaría en una vana tautología.

d) Una última crítica se refiere a las comparaciones interpersonales de utilidad. Bentham trató de resolver este problema al establecer 32 circunstancias que influían claramente para diferenciar el sentimiento de placer que podían experimentar diversas personas frente a una misma situación, como por ejemplo el consumo de un bien determinado. Entre esas circunstancias estaban la edad, el sexo y la educación. Es evidente que, por ejemplo, beber un buen vino produce mayor placer en un adulto que en un joven, o que la lectura de los clásicos produce mayor placer en un adulto educado que en un adulto (de la misma edad) con escasa instrucción básica.

Sin embargo, el laborioso esfuerzo de Bentham no logra solucionar del todo el problema. Siempre podría quedar una gran cantidad de personas ubicada en la misma categoría a lo largo de las 32 circunstancias mencionadas. A todas ellas se les asignaría la misma valoración de placer frente a un suceso determinado, lo cual significa suponer que todas experimentan un placer igual o, por lo menos, similar. Esta afirmación no puede ser comprobada empíricamente, y por lo tanto, el procedimiento de Bentham ha quedado sólo como un loable esfuerzo por disminuir el grado de arbitrariedad que tiene cualquier medición cardinal de sentimientos humanos.

Palabras Finales

Después de Bentham, se ha abandonado la idea de medir la utilidad en términos absolutos. La medición cardinal ha sido reemplazada por la medición ordinal. No cabe duda que el ser humano establece preferencias en su accionar, lo cual implica adoptar simplemente valoraciones de mayor a menor. Basta con saber que el consumidor prefiere a A por sobre B o C. No es necesario determinar exactamente cuánto vale A y cuánto valen B y C en términos de utilidad. Por lo tanto, no tendría mucho sentido preocuparse por definir exactamente la "utilidad". Ahora bien, si se trata de saber el porqué de las preferencias, se ha desestimado recurrir a supuestos psicológicos o sociológicos, ya que en alguna medida podrían sobrepasar el campo de la ciencia económica. Se ha tratado de mantener la investigación en el terreno mismo del comportamiento del consumidor en el mercado.

De esta manera, el desarrollo de la teoría de la demanda se ha alejado del "principio de utilidad" de Bentham, que ha quedado como un esbozo y elaborado esfuerzo por desentrañar el problema de las valoraciones humanas.

Los avances teóricos posteriores, como las curvas de indiferencia y las preferencias reveladas del período neo-clásico, quedan fuera de los propósitos de este trabajo.

Bibliografía

Boeri, Marcelo D., "Epicuro. Sobre el Placer y la Felicidad", Edit. Universitaria, Universidad de Chile, 1997.

Ekelund, Robert B. y Hébert, Robert F. " Historia de la Teoría Económica y de su Método", 3ª edición, Mc Graw-Hill, 1992.

Gómez-Lobo, Alfonso, "Una Versión Moderna del Iusnaturalismo", artículo en "El Mercurio", 11 de abril de 1999.

Landreth, H. y Colander D., "Historia del Pensamiento Económico" 1ª edición en castellano, cia. Edit. Continental S.A. de C.V., México, 1998.

Mill, John Stuart "Bentham", Edit. Tecnos S.A. Madrid, 1993.

Smith, Adam, "Teoría de los Sentimientos Morales", selección de E. Gorman, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

Stigler, George, "Historia del Pensamiento Económico", Edit. El Ateneo, Buenos Aires, 1979.

Schumpeter, Joseph, "Historia del Análisis Económico", 2ª edición, Ariel, Barcelona, 1982.

Viner, Jacob, "Bentham and J. St. Mill: The Utilitarian Background", Amerian Economic Revue, N° 39, Marzo 1949.